

060. ¿Lo peor de lo peor?...

Como hoy hablamos tanto de los males sin cuento que aquejan al mundo, se le preguntó al célebre Obispo de la Televisión norteamericana:

- *Según su opinión, ¿cuál nos diría usted que es el peor mal que padecemos hoy?*

Y el Obispo aquel contestó con una frase suya, dicha anteriormente en una de sus charlas:

- *Lo peor del mundo no es el pecado; es la negación del pecado por la conciencia torcida* (Diálogo supuesto de Mons. Fulton Sheen. La respuesta es original suya)

La respuesta era ciertamente muy atinada, pero también muy dura. Coincidió con el Papa Pío XII, que había dicho a Norteamérica en un mensaje radiado estas palabras, tan conocidas y tan repetidas:

- *El mundo ha perdido la noción de pecado.*

Nosotros podemos ver que perder la noción de pecado es cosa muy grave. Pero es mucho peor el negarlo positivamente llevados por una conciencia torcida.

Hoy nos hemos ido de un extremo a otro en un asunto tan grave como es el de la culpa ante Dios.

Antes, se hablaba demasiado en el sentido de que toda la vida cristiana se reducía a tener miedo al pecado y a sus castigos.

Ahora nos hemos ido al extremo contrario: no se habla nunca de ello, y muchos, muchos, viven tan felices como si no hubiera encima un Legislador que dicta normas, pide cuentas y sanciona los desvíos... ¿A qué se debe este fenómeno?

Se debe sin duda a muchas causas; pero no podemos descartar una especialmente grave, como es el silencio que han impuesto los enemigos de Dios y de la Iglesia acerca de las desviaciones sociales morales, tanto del individuo en particular como de la sociedad en general.

Hacen temblar las palabras del filósofo alemán más pernicioso en los últimos tiempos, cuando dice: - *Hay que acabar con la conciencia de pecado y de castigo, que son la plaga mayor del mundo* (Nietzsche)

Cuando ya no haya conciencia de culpa ni de castigo, entonces se violará la Ley de Dios con la naturalidad más grande. Mientras haya conciencia del mal, habrá remordimiento, y, con el remordimiento, estará también, como una gracia grande, la vuelta a Dios.

Es aleccionadora, a la par que bonita, la historia de aquel matrimonio, criminal en un principio y después santo. Era en un país escandinavo del Norte de Europa durante la alta Edad Media. Entre el marido y la mujer, los dos juntos, cometen un crimen horrible. Asesinan a toda una familia e incendian la casa. Para librarse de responsabilidad, echan la culpa a un supuesto hijo suyo, que, juzgado y condenado a muerte, es atado a una lancha y lanzado al mar inmenso para que se pierda en las olas. No se supo nada más de él, y todo quedó en paz. Pasan los años, y la esposa, llamada Sigrid, se siente fuerte ante su marido:

- *Tú sabes muy bien el secreto que guardamos. Es inútil luchar contra nuestra conciencia. Aquel supuesto hijo nuestro murió inocente. Los criminales somos nosotros dos. Yo no aguanto más el crimen aquel en mi alma. ¡Me voy! Porque he oído que hay una religión, la del Cristo blanco, y dicen que ese Cristo blanco es tan bueno que*

perdona los pecados a quienes se convierten a Él. Dicen que esa religión está en Inglaterra, y yo me voy allá para encontrarme con el Cristo blanco.

Sigrid se hizo a la mar. Llegó a Inglaterra, que ya era nación católica, conoció a Jesús —a quien llamaba el *Cristo blanco*—, descargó en Él su crimen, y volvió a su tierra convertida en buena cristiana.

¿Historia? ¿Leyenda? Nos es igual. La lección es muy segura. Nadie puede contra la acusación de la conciencia, la cual sólo está en paz cuando no ha cometido ningún mal o cuando, después de hacer el mal, se reconcilia con Dios al obtener el perdón por medio de Jesucristo.

Y aquí está el fallo que sufre hoy nuestra sociedad. Se comete el crimen —el pecado que sea—, y se quiere acallar la conciencia, pensando que no hay ningún mal en lo que se ha hecho. Entonces el mal se extiende como una mancha de aceite en el lago, sin que nadie se percate o haga nada por evitar la catástrofe.

¿Ponemos un caso? La Iglesia mira la homosexualidad o el lesbianismo en una persona determinada con bondad grande. No aprueba el mal, pero comprende, y ayuda. Nadie sabe las motivaciones de esa persona, nadie sabe sus luchas, y la bondad de Dios está sobre nuestras debilidades. Así debe de ser, y así es.

Pero es muy diferente el caso cuando se trata de esas enormes manifestaciones de los homosexuales y lesbianas en todas las grandes capitales, haciendo alarde de su inmoralidad, exigiendo derechos que Dios no les dará jamás ni jamás reconocerá la Iglesia.

Como se les tolera y se les acepta, esos manifestantes están quitando de las conciencias —las suyas, ante todo— la idea de la culpabilidad y del castigo: Dios ni hace ni hará nada. Luego, el homosexualismo adelante... Y quien dice del homosexualismo, puede decirlo de tantas cosas más. ¿No es esta pérdida de la conciencia el mal peor en que se puede caer?...

El Catecismo de la Iglesia Católica (1488), contra ese silencio culpable de los hombres que se esfuerzan en acallar los gritos de la conciencia, dice categóricamente: - *A los ojos de la fe, ningún mal es más grave que el pecado y nada tiene peores consecuencias para los pecadores mismos, para la Iglesia y para el mundo entero.*

Los que pierden la fe, pensarán lo que quieran. Nosotros queremos mantenernos fieles a Dios. El *Cristo blanco* de aquella convertida colorea nuestras almas, haciéndolas bellas cuando las lavamos en su Sangre preciosa...